

Paseos etruscos

D. H. Lawrence

Tumba etrusca de Tarquinia. Foto: Jeff Raileanu



El escritor británico D. H. Lawrence vivió poco pero dejó una extensa obra en la que dio muestras de su capacidad para abarcar al ser humano desde múltiples perspectivas, sin renunciar a nada. Sufrió el duro destino de los visionarios: la incompreensión y el rechazo de sus contemporáneos. Hoy considerado un transgresor, atacó la idea de progreso, la dinámica de la civilización industrial y de la degradación de la naturaleza. *Paseos etruscos* describe las visitas del escritor a unas antiguas tumbas del centro de Italia. Con una prosa brillante y veloz, seduce al lector y contrapone el vívido pasado etrusco al totalitarismo que siguió a la Primera Guerra Mundial.

El museo es muy interesante y agradable, incluso para cualquiera que tenga apenas idea de lo que fueron los etruscos. Contiene gran número de objetos hallados en Tarquinia, y todos de importancia.

Si sólo llegáramos a comprender que no debemos arrancar las cosas de sus lugares de origen... De cualquier modo, los museos son falsos. Pero si debemos tenerlos a la fuerza, que sean pequeños y, por sobre todo, locales. Espléndido como es el museo de Etruria que se halla en Florencia, algo hay –muy casualmente– en el museo de Tarquinia, en el que todo es Tarquinio y, por lo menos, guarda relación entre sí constituyendo un conjunto orgánico.

En una sala a la entrada desde el cortil ya- cen varios largos sarcófagos en los que se enterraba a los nobles.

(...)

Es un alivio pensar que los esclavos –y los fastuosos etruscos tenían muchos en épocas históricas– eran decorosamente depositados, una vez incinerados, en vasijas que luego se colocaban en un lugar sagrado. Aparentemente, los “malvados etruscos” no tenían nada comparable a los vastos fosos funerarios que existen en las afueras de Roma, junto a la gran carretera, donde los cuerpos de los esclavos eran arrojados en promiscuidad.

(...)

La fuerza bruta destruye muchas plantas. Sin embargo, las plantas vuelven a nacer. Las pirámides no duran ni un instante si las comparamos con la margarita. Aún antes de que Buda o Jesús hablaran, ya cantaba el ruiseñor, y mucho después de que las palabras de Jesús o de Buda pasen al olvido, el ruiseñor seguirá cantando. Porque no se trata de predicar o de enseñar, de ordenar o de forzar, sino sólo de cantar. Y en el comienzo no fue el verbo, sino el trino.

¿Por qué un tonto mata a un ruiseñor con una piedra? ¿Es él, por lo tanto, más importante que el ruiseñor? ¿Por qué los romanos

destruyeron la vida de los etruscos? ¿Fueron ellos mejores que los etruscos? ¡Nada de eso! Roma cayó, y con ella el fenómeno romano. Italia tiene hoy una vibración mucho más etrusca que romana; siempre será así. El elemento etrusco es como la hierba del campo y el germinar del maíz en Italia: jamás será de otro modo (...) Las representaciones etruscas poseen una cualidad que cautiva la imaginación.

(...)

Las cuevas de sus extremidades trasuntan un puro placer de vivir, un placer que se siente más profundo aún en las piernas de los bailarines, en las grandes y largas manos extendidas y danzantes hasta los mismos extremos de los dedos, una danza que surge de adentro como una corriente en el mar. Es como si el impulso de una vida fuerte y diferente corriera por su interior, en contraposición con nuestro impulso trivial de hoy: tal como si ellos recibieran su vitalidad de fuentes que nosotros ignoramos.

(...)

Para los etruscos todo tenía vida; el universo entero vivía, la visión del hombre era vivir él mismo en medio de todo. Tenía que absorber la vida para sí de las enormes y errantes vitalidades del mundo. El cosmos estaba dotado de vida como una inmensa criatura. Todo el ámbito cósmico alentaba y se agitaba. La evaporación surgía como aliento de los orificios respiratorios de una ballena, en forma de vapor. El cielo lo recibía en su seno azul, lo aspiraba y luego de pasarlo lo trasmutaba, antes de volver a exhalarlo de nuevo. En el interior de la tierra había calor, comparable al del hígado rojo y caliente de un animal vivo. De las fisuras de la tierra surgían hálitos de otros alientos, vapores directos del subsuelo físico viviente, exhalaciones que acarrearán consigo inspiraciones. Era un todo vivo que poseía

un alma gigantesca, o *anima*, y a pesar de esa gran alma, había millares de almas menores, errantes; cada hombre, cada criatura, cada árbol, cada lago, cada montaña y cada arroyo, estaba animado y tenía su propio espíritu peculiar. Y lo tiene aún hoy.

(...)

La antigua idea de la vitalidad del universo se desarrolló mucho antes del albor de la historia y se convirtió en una vasta religión con anterioridad a nuestro primer conocimiento de ella. En los orígenes de la historia de la China, de la India, de Egipto, de Babilonia, o aun del Pacífico o de la América aborígen, encontramos evidencias de una idea religiosa fundamental: el concepto de la vitalidad del cosmos, de la múltiple vitalidad que, pese a su turbulenta confusión, aún mantiene cierto orden; y vemos al hombre en medio de todo ese resplandeciente tumulto, aventurarse, luchar, esforzarse por una sola cosa: vitalidad y más vitalidad, y para tratar de obtener para sí cada vez mayor proporción del brillante hálito vital del cosmos. He allí el tesoro. La activa idea religiosa era que el hombre, mediante su vívida atención y su sutileza y ejerciendo toda su energía, lograra absorber para sí más y más vida y refulgente vitalidad hasta llegar a brillar como la mañana, o a relucir como un dios. Entonces comenzó a pintarse de bermejo, como el bostezo del amanecer, y su cuerpo fue como el de un dios, visiblemente rojo y profundamente vivido. Y así fue príncipe, rey, dios, lucumón etrusco y faraón, o Baltasar, Asurbanipal o Tarquino; y en su *decrecendo* más débil, Alejandro, César o Napoleón.

(...)

Esa es la antigua idea, origen de los reyes, que lo son por intensidad o fuerza, porque en ello han reunido esencia y sustancia de la potencia vital del universo, hasta vestir de escarlata y ser un fragmento corpóreo

del más intenso fuego. Los faraones y los reyes de Nínive, los reyes del Oriente y los lucumones etruscos, son el rastro viviente del fuego puro, de la vitalidad cósmica. Son la vívida clave de la vida, el indicio escarlata hacia el misterio y el deleite de la muerte y de la vida. Ellos, en su propio cuerpo, revelan el vasto cofre de los tesoros del cosmos para su pueblo, y descubren la vida y enseñan el sendero hacia la oscuridad de la muerte. Ellos son, en sí mismos, los portadores de la vida y los guías en la muerte, adelantándose a las tinieblas y surgiendo a la luz del día más brillantes que el sol. ¿Podemos, pues, maravillarnos de que tales muertos se hallen, o hallaran, envueltos en oro?

(...)

Una tumba ha sido trasladada completamente al jardín del Museo Arqueológico de Florencia, al menos su contenido. (...)

Pero uno se siente lleno de dudas y recelos. ¿Por qué esta tumba no se dejó intacta como y donde se encontró? El jardín del Museo de Florencia es muy instructivo si uno desea lecciones objetivas sobre los etruscos. Pero, ¿quién las quiere acerca de razas desaparecidas? Lo que uno desea es un contacto. Los etruscos no son una teoría o una tesis. Si algo son, es, en todo caso, una "experiencia".

Y la experiencia siempre se echa a perder. Museos y museos, lecciones objetivas preparadas para ilustrar las teorías defectuosas de los arqueólogos, alocados intentos de coordinar y establecer orden en lo que no tiene ni puede ser coordinado. Causa náuseas. ¿Por qué debe sistematizarse la experiencia? ¿Por qué incluso los desaparecidos etruscos deben ser reducidos a un sistema? Nunca se logrará.

LAWRENCE, D.H. *Paseos etruscos*. Argentina: Compañía general Fabril Editora, S.A., 1961